

Para ser quien soy

El nombre propio, un sobrenombre, la palabra yo, hijo/ hija, un verbo y un pronombre reiterado hasta el infinito -te quiero-, su ausencia y el interrogante que resuena en muchas vidas como un eco, la iteración de las historias para ir siendo, un DNI, una cadenita que despierta un historia dormida esperando en el letargo de la memoria amorosa; en definitiva, una serie de palabras, sueltas o enlazadas para decir que quien soy es la suma de un cúmulo de acciones frente al interrogante: ¿quién soy?

La construcción de la identidad es un largo proceso que a veces lleva toda la vida y cuesta ser resuelto. Cada sujeto es parte de un entramado multidimensional y complejo, y es esa construcción subjetiva la que se inicia al nacer, cuando todo es posible. Sin embargo, ese todo implica que el ser humano para ese potencial tenga a otro/a, a los otros y otras, como figuras que habiliten esa potencia, esa posibilidad. Lo social, lo familiar, lo político, lo ético, lo consuetudinario, lo cultural, entre tantos otros aspectos, construyen desde esos momentos fundantes el proyecto de vida.

En esa construcción del yo en la primera infancia nos adentraremos a partir de los relatos literarios seleccionados pertenecientes al libro *¿Quién soy? Relatos sobre identidad, nietos y reencuentros* (2013). Para ello tomaremos dos afirmaciones de Fonseca (1998): el intento de suspender el juicio crítico y la conciencia de la atomización de la tradición de los diversos campos de estudio. La primera, con el propósito de no instalar el análisis en un juicio de valor, sobre todo en relación con la infancia y las construcciones que se realizan en torno a ella. Bustelo (2007) ofrece instrumentos para pensarla. Por el otro, frente al atomismo, la elección del libro pone en diálogo un discurso literario con un discurso informativo/político, para otorgar un contexto a las historias pero sin subordinar el propósito literario. Entonces se retoma la posibilidad de que ese discurso literario dialogue con un discurso sobre la historia, sobre un discurso en el que la ciencia, la política, la ética, la estructura social sean interpeladas.

Las construcciones

Ambos cuentos retoman y releen en clave de lenguaje artístico historias de vida en un contexto histórico-político no lejano de nuestra historia. Nos interesa analizar el modo

en que esa subjetividad se presenta en cada uno de ellos a partir de la idea de temporalidades y del discurso desde los protagonistas.

Si “Las categorías de infancia nos llevan invariablemente a los niños, al sujeto posicionado en la trama histórico-social e institucional y a los proyectos políticos” (Carli, 1997, p. 5), estos cuentos habilitan la discusión.

Con este propósito hemos considerado los aportes bibliográficos que toman la idea de zoe y bios, tiempo cronos y aion propuestos por Bustelo (op.cit) y otros aportes teóricos tales como los de Larrosa (1997) para dimensionar eso otro inaugural, así como los de Carli (2011) quien otorga a la imagen¹ un estatuto de significación para comprender hechos y contextos que en los cuentos se evidencian.

La configuración traumática a través de la literatura

Aunque ese yo sobre el que pregunte sea otro, aunque ese yo sobre el que se interroga sea un sí mismo, esta pregunta retoma en ambos cuentos a personajes que son entramados literarios como niños *sacer*, aquellos niños en los que la inauguración de la vida, de la vida como lo otro que tiene un infinito porvenir queda trunca. Sobre la propia historia de estos seres se implanta otra.

Manuel no es Superman

Un niño, dirigiéndose a otro destinatario que hace función de oyente, abre el relato preguntándole si conoce quiénes son sus padres. A partir de ese momento se instaura el tema para dar inicio a la certeza en la que Manuel, de quien conoce la historia por la hija de éste, su compañera de escuela, refundará y confirmará en un larguísimo proceso comenzado en su adolescencia, no en su niñez. Manuel antes era Claudio, y pudo saber quién era, tanto como sus verdaderos progenitores.

Para poder comprender esa dimensión subjetiva, íntima, problemática, este niño/narrador innominado -nuevo juego abierto en la conformación del entramado- apela a la ficción con el propósito de entablar similitudes entre Superman y Manuel quien violentamente desde lo simbólico conoce su identidad de un día para el otro. La historia de Superman, esa ficción que nutre a nuestro narrador y le permite entablar un

¹ Si bien el artículo refiere al recurso del análisis de la fotografía para pensar la infancia consideramos necesario aprender a profundizar las miradas sobre imágenes fijas, ilustraciones, fotografías, etc.

parangón, aporta algún dato; sin embargo, al ir desarrollando la historia, al develar el descarnado relato acerca del modo en que fue secuestrado, le permite afirmar que esa ficción es nimia, y que Manuel es mucho más que el personaje literario, que los héroes son reales.

¿Sabés, Athos?

Athos es testigo de la historia de Betina, quien fue nominada por sus padres antes de haber sido recogida por mamá peluca en la puerta del hospital, Candela. Athos es el elegido para saber la verdad que trata de comprender porque mira a los ojos, se conecta con su cuerpo perruno y su mirada canina, sin desviarla para comunicarse con la pequeña desde lo más instintivo a lo más humano. Ella, más allá del nombre y la forma de vida que obliga la justicia que viva, puede ser siempre reconocida por él, en él encuentra certeza para poder hablar, decirse, preguntarse y entenderse, pero sobre todo, entender las decisiones adultas que la atraviesan: la del juez y su vida partida.

El modo de trabajo será de contrapunto, explicitando cada uno de ellos primero en *Manuel no es Superman*, en adelante, *Manuel* y posteriormente en *¿Sabés, Athos?*, el cual continuará siendo *¿Sabés*, o uno de ambos según el caso. Para el proceso de construcción de esa subjetividad, nos interesa reparar en tres planteos que se manifiestan a través de los personajes y de sus universos conformados.

1. Problematizan y argumentan sus perspectivas. Toman partido, interpelan y dialogan genuinamente tanto de modo directo como indirecto, en término de ejercicio de la palabra.

Es en este diálogo en el que las instituciones también se ven interpeladas. Tanto el narrador testigo como Candela/ Betina juzgan acciones de adultos, especialmente a los representantes del sistema judicial, es decir, a los jueces que dictaminan los destinos. En ambos discuten y toman partida sobre los veredictos; en ambos, la infancia no es escuchada, en ambos, la infancia es menor.

En *Manuel*, el narrador conoce el tema porque Martina le ha contado la historia de su papá. Saber sobre la identidad lo lleva a conocer un momento oscuro de la historia argentina que toma luz en la voz de la infancia que, a través de sus voces, expone la diferencia, no se la elimina. Al contrario: se la escucha, se la interpela, se la discute. Hablar de la historia del papá de su amiga le ha permitido conocer el modo en que fue raptado, el modo en que una familia lo adopta legalmente por el modo ilegal que la

justicia decide. Hablar sobre la dictadura, hablar sobre la forma en que fue tomado el pequeño Manuel, aunque le produce un dolor inmenso, lo supera investigando y cerciorándose, por ejemplo, sobre los efectos nocivos a los que un pequeño se ve sometido en los primeros años de vida y dimensiona todo lo que se le ha negado; también ese niño logra reconocer que en ese diálogo en el que se construyen los hechos de la historia, muchas voces, por miedo, no quieren aparecer. Poder poner en palabras el miedo es también derrumbar el miedo.

Asimismo, este sujeto que habla sobre la construcción de la subjetividad en el otro, sin saberlo, se construye, y plantea otros temas, como la adopción, que resultan complejos tratar.

El narrador que es testigo opina, juzga, pregunta, interpela, poniendo en palabras acontecimientos y observando los modos en los que la historia oculta se hace clara, y si quienes han vivido también han sido niños y niñas pequeños, esos niños y niñas sufren, y las palabras lo dicen. La infancia habla de la infancia en circunstancias dolorosas mientras construye su identidad y piensa.

El sistema judicial es puesto en jaque en la voz de la protagonista. Pero solamente Athos y sus amigos conocen qué sucede efectivamente porque ella lo pone en palabras, porque su discurso atestigua.

En *¿Sabés*, Candela es la gran discutidora pero en un mundo debajo de la mesa, en un mundo que los adultos no perciben, un mundo con ficción y con mascotas que escuchan, sienten, y le permiten desplegar qué piensa, qué siente. Se pregunta quién mira como niño, cómo el juez rodeado de libros, no comprende. A través de lúcidos juegos de palabra juzga, entiende las diferencias entre la muerte natural y la violencia sobre la muerte, entiende cómo han sido sus primeros años, puede casi retóricamente instalar el absurdo de la vida adulta con una sencillez y claridad profunda, explicitado en las voces que la escucha. La escisión que sufre, repartiendo su vida entre su ciudad natal y la ciudad en la que vive con su mamá peluca le permite de todos modos tener un posicionamiento nítido. Su voz no es escuchada, ni tampoco la voz de los adultos mayores que la quieren, que la requieren de ambas familias, sin embargo puede poner en palabras qué piensa, qué siente, inclusive en relación con sus recuerdos.

2. Discuten sobre la importancia del nombre propio

Si hablamos de la importancia del nombre propio, sabemos la estabilidad que se genera en torno a él además de su relación con la subjetividad, y de su dimensión política en

tanto formador de ciudadanía. Disponer de un nombre propio en un DNI que lo atestigüe, nos ubica en ese espacio social, en una dimensión política de garantía de derechos y deberes.

Ambos cuentos plantean la problemática. En *Manuel*, cambiar el nombre es una bofetada, y la violencia de la implantación aparece también configurada en el peso de la imagen: antes de que la narración dé comienzo, es presentado un DNI borroneado: la figura legal es puesta en jaque. Una infancia transcurrida y una adolescencia en pleno apogeo en la que de un día para otro se genera un derrumbe que inicia la verdad: la necesaria y dolorosa verdad con un nombre elegido por sus padres verdaderos para un proyecto de vida: Manuel, nominación cargada de afectos que por vez primera y por elección ya del sujeto aparecerá en el documento, retomando el origen. Esa bofetada permite implantar un nombre que el narrador plantea como agradable, como el nombre que hubiera seleccionado, tan placentero como el de Martina, su amiga y por quien conoce la historia. De este modo el nombre propio resulta tranquilizador y esa subjetividad cierra de forma irónica, es decir, armoniosa, en el planteo de la historia.

Sin embargo, el análisis del siguiente cuento evidencia un planteo más complejo en torno al nombre propio, y esa subjetividad que está puesta en juego en la protagonista se presenta, por decisiones judiciales, escindida. Pero esa escisión que la atormenta, puede ser resuelta en la historia. Veamos cómo resuelve.

En el caso de *¿Sabés*, además del despliegue discursivo de Candela, las imágenes ofrecen un poderoso apoyo para construir sentido. El título del cuento se acompaña con un espejo en el que aparece un signo de interrogación reflejado dentro de él. La primera doble página, cuando la ilustración muestra una vereda con una puerta entreabierta y al lado de ésta una especie de cuna en la que un/a bebé/a está arropado/a, mientras el adulto que está entreabriendo posa la mirada en el/la niño/a, las letras recortadas y dispersas del nombre están sobre la vereda. Es Athos quien observa esta escena enmarcada, reforzando la idea de ser testigo de los acontecimientos que su amiga narra, y ese nombre hecho añicos no está explicitado en el devenir de ese diálogo que cuenta su historia. Quien verdaderamente mira a Candela, sí percibe ese yo roto, ese momento inaugural destruido.

Posteriormente, en la página 38/9, luego de que la pequeña es sometida a un análisis para identificar su ADN, retoma su relato, diciendo: “¡Ay, Athos, no era! ¡Dicen que no era yo!...” el dramático relato frente a sus amigos -su perro y sus muñecos- requiere que se mire en el espejo para aseverar quién es ella, que su rostro no ha cambiado, se

multiplica en las imágenes. Es nuevamente el espejo un testigo del nombre. En esta oportunidad está presente en la ilustración pero separado de la escena principal, para reforzar la nueva rotura: las letras dispersas caídas del espejo roto son las que forman la palabra Betina. Su nombre hecho añicos y un rostro que no logra condecirse con dos nombres, es por eso que ese yo se constituye en el marco de una subjetividad compleja. Candela vivencia un recuerdo cuando llega a su hogar en Rosario, Athos nuevamente es testigo en su memoria de la escena que la niña le ha relatado: la niña vuelve a encontrarse en su memoria afectiva. Más allá del nombre, Candela sabe ahora del amor de sus padres y de su familia de sangre, la que nunca la abandonó, y también del de mamá peluca y que su yo está en su interior, porque aunque no lo afirma, se mira para sí misma, se anima a mirarse en esa infancia y sabe quién es, más allá del nombre. Por esa razón aspira a tener un espejo enorme que la refleje y se vea adentro, porque ella confirma su identidad. De este modo nuevamente el cierre se constituye en una ilustración en la que se ve un dibujo: en él, no hay nombre propio pero hay identidad: yo. Ese yo que recupera en su memoria escondida un tiempo *aion* en las paredes con elefantes, en el medallón, que tiene también a mamá peluca, pero que sobre todo, puede ser ella misma, reconfigurándose.

3. Vivencian momentos traumáticos, momentos fundantes de la construcción de la subjetividad, carentes de sostén físico y emocional. El estado de despojo.

Meses en Manuel, tal vez minutos u horas en Candela: sin embargo son estas las marcas temporales de un reloj, no de un ser que vive, siente, palpita ese devenir temporal. Estas instancias de abandono forzado, de desprendimiento afectivo y físico despojan a los personajes de estas historias de todo *bios*, entendido el término como la vida relacional que implica el lenguaje, la política y la ciudadanía (Bustelo, 2007, p. 24) para sumergirlos en una *zoe*, una vida desnuda, aunque es en esa desnudez en la que se implanta otra posibilidad de bios forzada, pero que tanto Manuel como Candela reciben en términos de adopción. Debajo late también en ambos el momento de la reinauguración cuando la percepción de *aion* será un término de intensidad subjetiva positiva, cuando la infancia o bien la adolescencia dará paso a la reconstrucción subjetiva.

Es en ese momento de despojo, en ese momento del trauma en donde desaparece la necesaria presencia humanizante del otro humano, entre el bombardeo un ropero hace de cuna luego meses de soledad y de custodia policial; en el otro caso, una puerta de

hospital cobija la vida de ocho meses que late. Desprovistos ambos seres de esa presencia afectiva necesaria para dar continuidad o inicio a esa construcción del yo, el tiempo *aion* queda instalado en una intensidad negativa, mientras fluye en el terror un tiempo *cronos* remarcado en ambos textos.

Si la característica propia del yo es lo decible, nos interrogamos cómo hace ese ser recién nacido, esa cría humana que requiere necesariamente del otro humano para ir construyéndose también en el lenguaje, quién, en esas atroces instancias, ha provisto de palabras que nombren lo que sienten. Los meses de Manuel atestiguan ese silencio, la puerta del hospital y el no mirar al hablar atestiguan del silencio elegido por Candela. Por eso, entre la posterior presencia humanizante, la niña elige a Athos: se conecta con la mirada. Cuando la pequeña le habla a Athos, da muestra de por qué habla tardíamente.

Plantea Bustelo (2007, p. 28) que se denomina *niño sacer* al poder directo sobre la negación de la vida. Dentro de esta figura se encuentra "...la política de desaparición de niños, niñas y adolescentes" definida como "plan de exterminio de una posibilidad emancipatoria. La infancia como otro comienzo debe ser desaparecida".

En los cuentos seleccionados se retoma un momento crucial de las historias de ambos niños, Manuel y Candela: el del violento y macabro desapego, un tiempo, como denominamos, *aion* negativo, una vivencia de intensidad dolorosa imposible de registrar en esa primera infancia mediante el lenguaje. El cuerpo habla: su psiquis lastimada padece el dolor de las heridas, tal vez creciendo, las palabras que consiga permitan la reparación. Podemos pensar que esa inscripción en la *zoé*, en la vida desnuda, instala un trauma entendido éste como "...el derrumbe de la confiabilidad de un ambiente predecible promedio" (Rozenbaum, 2016, p. 94). Desde una mirada psicoanalítica se considera que se produce cuando falta la respuesta esperada del medio que refleje y reconozca la conmoción. Su efecto puede provenir por diversas razones, y en este caso nos interesa remarcar la violencia forzada de la separación del vínculo incipiente entre madre e hijo. Allí entonces, tenemos el origen de un trauma y de una conformación subjetiva herida, vulnerada, saqueada, que ambos textos retoman.

Manuel, carnada y silencio; Candela: cuna y palabras desperdigadas. El derrumbe instalado y la verdad para esa subjetividad construida con el dolor del tiempo.

Asimismo, en el caso de *Manuel*, la ilustración refuerza ese momento crucial de patetismo para contraponerlo con la historia ficcional que le sirve al narrador para entender la complejidad del caso: Superman cae del cielo, Manuel es ese pequeño bebé

en pañales que en gritos es levantado, diminuto frente a la inmensidad y oscuridad del raptor. La ilustración de la doble página siguiente repara en un nuevo juego de caída, en donde se mantiene la pequeñez de la cuna con el bebé adentro que mira pero que no tiene boca, en la inmensidad del blanco, de un espacio vacío, sin color, y la custodia en verde de dos figuras oblongas.

Conclusiones

Tal como afirma la propuesta de estudio, generamos un espacio de pensamiento que nos ha permitido interrogarnos acerca de la conformación de la subjetividad en dos textos literarios que interpelan el acontecer histórico-político y permiten planteos de problemas que, del mismo modo que lo plantea uno de los narradores, cuesta hablarlo en la infancia. Sin embargo, esa lucidez en las voces recreadas de los niños, permite hacerlo, y no solamente interpela el momento político sino también esa construcción del yo que tan compleja es, para lograr saber quién soy.

Bibliografía

- Bombara- Singer; Rivera- Wernicke ; Andruetto- Istvansch; Mèndez- Bernasconi (2013). *¿Quién soy? Relatos sobre identidad, nietos y reencuentros*. Buenos Aires: Calibrosopio.
- Bleichmar, S. “La inteligencia humana y el osito para poder dormir”. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-9171-2002-08-28.html>
- Bustelo, E. (2007). *El Recreo de la Infancia*. Buenos Aires: Siglo veintiuno Editores.
- Carli, S. (1994). Historia de la infancia: Una mirada a la relación entre cultura, educación, sociedad y política en Argentina. *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación*, Año III, N° 4. - Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- Carli, S. (2011). Infancia, crisis social y memorias culturales. Las fotografías de fines del siglo XX. En *La memoria de la infancia. Estudios sobre historia, cultura y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Fonseca, C. (1998). *Caminos de adopción*. Buenos Aires: Eudeba.

- Karol, Mariana. (1999). La constitución subjetiva del niño. En Carli, S. (comp.) *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*. Buenos Aires: Santillana.
- Kohan, W. Notas filosóficas sobre la (educación de la) infancia en tiempos de globalización. Recuperado de *Filosofía, educación y sociedad global* <http://unesco.org.uy/shs/fileadmin/templates/shs/archivos/filo-socglobal.pdf>
- Larrosa, J. (1997). *El enigma de la infancia*. En Larrosa, J.; Pérez de Lara, N. (comps), *Imágenes del otro*. Barcelona: Virus.
- Rozenbaum, A. (2016). *El psiquismo bombardeado*. En Rotenberg, E (comp.). *Padres e hijos... el poder de enfermar al otro. Curar desde la vivencia.*, Buenos Aires: Editorial Lugar.